

La tormenta de Santa Rosa

Ana Mendy

“Ya se viene la tormenta, como todos los años”, se dijo don Julio, que con sus 80 años largos las había vivido de todos colores e intensidades. Siempre en su modesta casita, a las afueras del pueblo, con calle de tierra y una quintita al fondo, donde había logrado un emprendimiento frutal que le daba buenos réditos. Justamente había vendido en las últimas semanas la producción de naranjas y mandarinas, de primera calidad. A menudo le decían que pusiera la plata en un banco, pero él prefería tenerla en su casa. Y confiaba en dos guardianes, su perro el Negro y su escopeta de dos caños. Pero Negro había muerto hacía un año. Miró con tristeza el pequeño cúmulo rodeado de flores. “Tengo que conseguir un perro”, se dijo, sin mucha convicción. Y decidió irse a dormir.

Medio adormilado se acordó de Negro. Siempre se sintió seguro con él echado a los pies de su cama. Hasta que comenzó a andar más lento, perdió el apetito y un día se tiró al suelo como si le faltaran las fuerzas. Juntando las propias, don Julio lo levantó y lo llevó en su tractorcito al veterinario que estaba en el otro extremo del pueblo. “No tiene nada –le dijo- simplemente está viejo. Se está muriendo de viejo, nomás”. “Creí que me acompañaría a mí, hasta el final” dijo tristemente don Julio. “No, mi amigo –le contestó cariñosamente- usted tiene por lo menos diez o quince años de vida, el perro debería llegar a los 25, o más. Ningún perro vive tanto. Tiene que conseguirse otro”. Nunca lo hizo y había pasado un año.

Los vecinos ya le habían advertido también varias veces que una banda de cuatro o cinco ladrones andaba por la zona; al parecer eran “punteros” de un cacique político provincial que los protegía y por eso las denuncias contra ellos no avanzaban. Don Julio se encogía de hombros. Pero esa vez se despertó, creyendo oír un ladrido; eran casi las cuatro de la mañana, la tormenta arreciaba y los relámpagos iluminaban dantescamente el bosquecito de frutales. Divisó unas sombras, sí, cuatro o cinco, como le habían dicho. Sacó la escopeta y cuando las dos primeras figuras estaban más cerca, quiso disparar, al aire para asustarlos, pero el tiro no salió. “Está enmohecida” se dijo con sorpresa y una mezcla de temor y rabia, porque estaba indefenso. Todo lo que podía hacer era atrancar las puertas y ventanas y se puso en esa tarea, tal vez inútil si los tipos tenían picos y palas, lo que era muy probable.

Unos minutos después vio, por una rendija, que los cinco (ahora pudo ver mejor, eran cinco) estaban ya a pocos metros de la puerta trasera, la más indefensa. Entonces se escucharon fuertes ladridos y gruñidos, dos figuras negras perrunas se recortaron por un momento a la luz de un relámpago. Don Julio creyó reconocer en una de ellas el inolvidable perfil de su Negro. Los perros atacaron a los maleantes, y uno de ellos gritó “Ay, malditos perros”. Se escuchó algo que pudo ser uno o dos tiros, pero don Julio no podía asegurarlo porque los truenos llevaban la delantera auditiva. El caso es que los delincuentes se fueron. Don Julio estuvo como una hora escopeta al hombro para usarla como garrote, pero era evidente que no volverían. Y él volvió a su cama.

Al día siguiente se levantó temprano, lloviznaba todavía pero ya no había tormenta eléctrica ni viento. Abrió la puerta trasera. En un pequeño cobertizo que había al costado, donde guardaba la leña, estaba un perro negro, parecido a su Negro, que se levantó y se acercó, rengueando. Don Julio vio que tenía una pata lastimada. El perro era manso y se dejó acariciar. Decidió llevarlo al veterinario, y el perro lo acompañó, caminando como podía.

El veterinario lo revisó. “Tiene una herida, en la pata, parece que es un corte de navaja o cuchillo. Y en el muslo otra que, por el aspecto, es una bala que no llegó a entrar, lo rozó y lo lastimó, pero no es nada profundo.”. Lo curó, le dio la antitetánica y la antirrábica y unos polvos para que le pusiera en las heridas al cambiarle el vendaje, en la forma que le explicó. “Es un perro

sano y fuerte -le dijo- tiene más o menos un año. ¿Se lo va a quedar?”. Don Julio, al llevarlo, le comentó que no había seguido su consejo de reemplazar al Negro, no podía. Acarició la cabeza del animal unos momentos, en silencio.

“Sí – dijo por fin- me lo quedo, este Negro, regalo del otro, sí que me acompañar hasta el fin de mis días”.